



A TI SUSPIRAMOS

Lali Rico

MCM EDICIONES

A TI SUSPIRAMOS

**A TI
SUSPIRAMOS**

Lali Rico

MCM EDICIONES

A ti suspiramos

© Lali Rico, 2025

ISBN: 979-13-990484-0-7

Depósito Legal: M-11947-2025

Diseño gráfico:

Miguel San José Romano

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Impreso en España / *Printed in Spain*

ÍNDICE

Nota de la autora	7
1 <i>IN MEDIAS RES</i>	15
2 <i>IN MEDIAS RES</i>	17
3 <i>IN MEDIAS RES</i>	19
1 <i>AB INITIO</i>	23
2 <i>AB INITIO</i>	27
3 <i>AB INITIO</i>	31
4 <i>AB INITIO</i>	33
1 <i>SIC</i>	35
1 <i>AB AETERNO</i>	37
2 <i>AB AETERNO</i>	41
4 <i>IN MEDIAS RES</i>	43
5 <i>IN MEDIAS RES</i>	49
2 <i>SIC</i>	51
3 <i>AB AETERNO</i>	57
3 <i>SIC</i>	63
4 <i>SIC</i>	69
5 <i>SIC</i>	73
4 <i>AB AETERNO</i>	77
6 <i>SIC</i>	81
7 <i>SIC</i>	83
6 <i>IN MEDIAS RES</i>	87
8 <i>SIC</i>	91
9 <i>SIC</i>	97
1 <i>A PRIORI</i>	103
1 <i>SINE DIE</i>	109
2 <i>SINE DIE</i>	117

3 *SINE DIE* 125
5 *AB AETERNO* 133
6 *AB AETERNO* 141
4 *SINE DIE* 147
7 *IN MEDIAS RES* 149
10 *SIC* 159
11 *SIC* 161
5 *SINE DIE* 163

Epílogo 165

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela corta nació de dos relatos escritos entre 2013 y 2014 cuyos personajes protagonistas eran, respectivamente, el detective Ernesto Beloqui y la inspectora Ada Brox.

Gran parte del texto es de 2015, añadiendo algunos episodios en años posteriores.

Creí haberle dado fin en el año de la pandemia, pero las circunstancias vitales me han llevado a estar ocupándome de las últimas correcciones en 2024.

La historia es un tanto desordenada y paranoica. No comienza en el principio, pero recomiendo leerlo siguiendo el orden paginado. Se organiza en episodios que están englobados bajo un epígrafe común (he utilizado títulos en latín y fechas).

Espero de corazón que a alguien le pueda interesar o entretener este compendio de tramas, subtramas, sueños y alucinaciones.

Doy las gracias de antemano a todos los conocidos a los que les he robado el apellido para dar vida a algún personaje. En ningún caso tienen nada que ver con ellos. ¡Caray, es que tengo amigos con apellidos muy inspiradores!

A los amigos de siempre, a los que ya no son
y a los nuevos figurantes.

A mí.

«Todos llevamos cargas, tenemos un camino
por recorrer y nuestro anhelo de hacer
el bien y alcanzar la felicidad nos guía para
superar los contratiempos y los errores
que nos separan de la paz».

Louisa May Alcott, *Mujercitas*

«Sin música, la vida sería un espacio
en blanco para mí».

Jane Austen, *Emma*

«Debes ser digno de tu infancia gloriosa».

Emily Brontë, *Cumbres borrascosas*

Para Laura

IN MEDIAS RES

Madrid, 2005

Observó el ceño fruncido del comisario Aldecoa a través de la cristalera y pensó que, como él, todo el mundo debería tener un amigo policía.

Presionó con suavidad el pomo de la puerta, arrepintiéndose del inminente encuentro antes de que se hubiera producido.

Había sillas inamovibles y alineadas delante de la barra; se encontraba en uno de esos locales de inspiración setentera con sillones de escay que estaban proliferando en la ciudad. Lo único que echaba en falta era el olor a cenicero de aluminio sucio. En su lugar, olía a *croque-monsieur* cocinado con queso emmental de segunda categoría y a ambientador de flores.

Al avanzar por el pasillo, vió a un niño con el pelo cortado a tazón, que no soltaba en ningún momento su mochila de las Tortugas Ninja. Miraba con atención el canal infantil sintonizado por el camarero. Un grupo de *jazz* lanzaba el siguiente mensaje: «Escucha a los tuyos, escúchate a ti, no pierdas de vista lo que te hace feliz. Ese don que tú tienes que te hace especial, da luz a tu vida, ya lo verás». Memorizó melodía y letra sin decidir si le habían gustado.

—*Croissant* plancha y café con leche, ¿no? —le dijo Alejandro tras saludarle.

—Siempre vas por delante.

—¿Qué ocurre, Ernesto? ¿No tuvimos suficiente con lo del año pasado? Sabes que me juego el puesto.

—Necesito ayuda de Flabia.

—No metas a mi mujer en esto.

Ernesto y Alejandro eran amigos. Su amistad discurría semejante al río Guadiana. Nació, se escondió y renació. Parecía que iba a morir, pero revivía y no se sabía dónde iba a desembocar: en Portugal, ¡quién sabe!

Alejandro escogió el camino de baldosas amarillas, y Ernesto el camino del exceso. Alejandro huyó del barrio y ascendió dentro del orden establecido. Ernesto se convirtió en el Sherlock de Malasaña.

—Quiero acceder a las zonas no visitables del museo, y ella es la única que puede autorizarlo. —Odiaba tener que recurrir a lazos sentimentales para resolver un caso.

—¿Va a morir alguien? Porque esa será la única razón por la que mueva un dedo.

—No tengo pruebas. Pero, mírame, Alejandro, ¿no te das cuenta de que está volviendo a ocurrir?

Llevaba más de una semana intentando localizar a Sabrina sin llegar a ninguna conclusión, aunque las señales habían comenzado a aflorar hacía ya tres días. El deterioro físico de Ernesto Beloqui se apreciaba en su semblante y el comisario Aldecoa se fijó en que su mano derecha permanecía debajo del abrigo apretándose el dolor. Alejandro comprendió que iba en serio.

—Está bien. Puedo poner a tu disposición a tres hombres. Buenos chicos. Pero la única colaboración que vas a obtener de Flabia es una hora de acceso libre, sin cámaras ni guardias. Después, la dejas en paz.

—Sabes que no te molestaría si no fuera imprescindible.

Aquella noche, en el museo, Ernesto Beloqui inspeccionó, una por una, las veinte planchas originales del *Mantua Carpetanorum sive Matritum Urbs Regia*, conocido como plano de Teixeira. El último archivo en el que estaba trabajando Sabrina antes de su desaparición contenía un extenso informe sobre los cincuenta y cinco conventos representados en el plano de perspectiva caballera. La bibliotecaria había realizado un ingente trabajo documental: folios y folios dedicados a la descripción de los edificios y al recuento de las personas que habitaban en ellos, tratando de conseguir un censo lo más fiel posible a la realidad.

Cada uno de los epígrafes de la relación de conventos estaba encabezado por un número romano que lo identificaba en el mapa. El único dato con el que contaba el detective Beloqui para empezar a tirar del hilo era la existencia de un epígrafe LVI en el archivo informático sobre el que trabajaba Sabrina. Pero, a diferencia de los párrafos y párrafos que describían exhaustivamente los conventos, en el capítulo cincuenta y seis solo se podía leer en mayúsculas la palabra «AURORA».

IN MEDIAS RES

Madrid, 2005

Sabrina había estudiado biblioteconomía. Contratada con las ayudas de la Unión Europea para catalogar todo el fondo bibliográfico sobre turismo repartido en las diferentes sedes del Ayuntamiento de Madrid, había tenido que desempolvar estanterías de concejales, reptar por los sótanos del Palacio de Cañete y pasar un invierno entero en una buhardilla cochambrosa de la Plaza Mayor, donde la hicieron trabajar en condiciones infrahumanas. Y, a pesar de todo, disfrutaba de su tarea porque sabía que no tendría muchas más ocasiones para estar tan cerca de documentos valiosos, sin que los superiores supervisaran su tarea. No es que confiaran en su profesionalidad; se trataba más bien de que desconocían el valor histórico de esos materiales.

Una mañana de diciembre, distraída por el mercadillo navideño instalado en la plaza, decidió dedicarse a poner el sello oficial de la futura biblioteca turística. Aunque, teniendo en cuenta que el centro de documentación era uno de esos proyectos personales del jefe del patronato de turno, no estaba claro si llegaría a materializarse.

En la planta baja se encontraba la oficina de turismo y las voces de las consultas ascendían por las escaleras amplificándose con la misma intensidad que la corriente de aire invernal.

—¡Clima mediterráneo! ¡A más de un turista de los de ahí abajo le habrá sorprendido el invierno en Madrid! —dijo para sí pensando por un instante en Muñoz Molina.

Había recuperado los mitones negros de su etapa pseudopunk, y dispuesta a no escuchar ni una vez más el famoso «¿Me da un mapa, por favor?», se colocó los cascos de su discman y abrió la cajita de tinta negra, mucho más elegante y discreta que la roja o azul. Estampaba el sello cada

cien páginas, como aprendió en la facultad, buscando un hueco en el que la lectura no se viera impedida.

Cuando la pila de libros que había limpiado con delicadeza el día anterior estuvo sellada y levantó de nuevo la cabeza, vio por casualidad que un bando de Tierno Galván de 1982 se había desprendido de la pared con el viento. Parece ser, por lo que venía comprobando en sus años de investigación para la tesis, que fue el último alcalde que se preocupó por lo que significa el turismo. Él sí creó una marca Madrid que se difuminó por actuaciones erráticas posteriores.

Empezó a leer en voz alta:

«EL ALCALDE PRESIDENTE del Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid

»Madrileños:

»El mucho amor a nuestra lengua no nos debe llevar a aborrecer las novedades que con el tiempo se introdujeron en ella para designar con justeza cosas y comportamientos que no gozaban anteriormente de vocablo singular y adecuado. Así ha ocurrido con los que viajan por curiosidad y placer, que llámanse ahora turistas, sin que la consulta de muchas, copiosas y autorizadas fuentes del castizo decir nos haya permitido encontrar palabra en nuestro natural castellano que signifique propia y ajustadamente lo que el nuevo vocablo expresa...».

Al intentar enderezar la hoja doblada para poner celo o una chincheta, se raspó el dedo con una bisagra. Despegó el bando por completo y el herraje cedió. En la parte superior de su mesa de trabajo, camuflado por el techo y escondido tras el bando, existía un camaranchón lleno de objetos antiguos: material *vintage* o trastos viejos, según el criterio. Lo que sí era seguro es que tendría que prolongar su estancia en tan bucólico lugar.

IN MEDIAS RES

Madrid, 2005

Cada vez que la naturaleza lo obsequiaba con una de estas catarsis místicas que le provocaban dolor de estómago, se activaban todos los mecanismos internos que lo hacían seguir adelante, y Ernesto era consciente de su responsabilidad. Siempre ocurría de la misma manera: primero, un punzón en el píloro; luego, sudores; después, frío; más tarde, arcadas intermitentes y, por fin, el vómito a modo de devolución de lo que no le pertenecía, de lo que ya no podía formar parte de su interior por sobrante, por excesivo, por puro asco.

Muchas veces se había preguntado si era justo tener que soportarlo. Solía refugiarse en los abrazos de Esther, que nunca hacía preguntas. Siempre era bienvenido en su casa. A veces, creía que se la había inventado, que no podía ser de verdad una mujer con la que parecía compartir materia intangible. A la sensación de irrealidad que rodeaba todo lo relativo a Esther se unía el estado mental en el que él acudía a ella. El océano solariano habitaba en aquel piso de paredes blancas, seguro. Tenía copia de la llave, así que entró sin llamar.

Esther Figueroa siempre estaba leyendo. Pocas veces la encontró en un sitio distinto al diván morado. Leía originales para una pequeña empresa familiar que editaba *noir* desde la invención del género.

Ernesto abrió la puerta despacio y permaneció un rato observándola leer. Una cristalera envolvente la separaba del resto del salón. Y Esther estaba en este otro mundo:

ALSACIA

Siddhartha Gautama, the Buddha, drew a circle with a piece of red chalk and said: «When men, even unknowingly, are to meet one day, whatever may befall

*each, whatever the diverging paths, on the said day, they will inevitably come together in the red circle».*¹

1

Madrid, 2014

No quedaba nada en el apartamento. La inspectora Brox solo encontró un mapa físico de Europa colgado en la pared y un gran círculo rojo sobre el valle alto del Rin.

—La Alsacia —susurró Bermúdez.

—¿Los de estupefacientes han encontrado algo? —preguntó Ada Brox.

—Una llave de un *bluespace* dentro de una caja de ibuprofeno, en el botiquín.

—¿Qué es un *bluespace*?

—Un trastero de alquiler.

—Ah.

Bermúdez estiró el dedo, tocó la pintura y le mostró a su jefa la débil huella que el círculo rojo le había dejado en la yema.

—Es laca de uñas. Tenía entendido que vivía solo en casa —dijo la inspectora, apuntando a la posibilidad de algún cómplice femenino.

—Comprobaremos a qué hora se hizo el círculo rojo —añadió Bermúdez sin apartar su mirada devota de la figura de su compañera.

Iván Bermúdez permaneció en silencio recordando *Le Circle Rouge*, la película de Melville con Alain Delon.

Todavía era incapaz de asimilar que Ada lo eligiera para este caso. Durante quince años, Marcelo había sido la sombra de la inspectora. Habían ido por ahí complementándose, retándose, muchos sospechan que amándose. Y, de repente, el destierro absoluto. Escuchó que el inspector Ballis había sido relegado a tomar declaraciones a las víctimas de hurtos menores en una comisaría del extrarradio.

Iván no conseguía estar lúcido porque había pasado toda la noche pensando en lo siguiente: si el nombre de sus cinco directores de cine favoritos empezaba por K, no habría más remedio que buscar un pseudó-

¹ Siddhartha Gautama, el Buda, dibujó un círculo con un trozo de tiza roja y dijo: «Cuando los hombres, aún sin saberlo, van a conocerse un día, sin importar lo que le pueda acontecer a cada uno, independientemente de los caminos divergentes, en dicho día inevitablemente se reunirán en el *círculo rojo*». Este pequeño texto se muestra al comienzo de la película *El círculo rojo*.

nimo pertinente. Estaba practicando la técnica de visualización que le recomendó el psiquiatra. Si imaginas algo con mucho detalle e intensidad, en el momento de llevarlo a la práctica resulta más sencillo. Es lo que hacen los deportistas de élite: visualizan y luego ganan la carrera.

Kazan, Kusturica, Kubrick, Kiarostami, Kieslowski, Bermúdez, ¡qué espanto!, y el cortometraje ya estaba terminado. Faltaban los títulos de crédito. Le había costado dos años de súplicas e invitaciones conseguir los fondos del Club de Amantes del Cine de la Fundación de Policías Retirados.

En el mismo instante en el que Ada tomaba muestras de la pintura roja del apartamento, a mil seiscientos kilómetros Jorge abrió los ojos y se llevaba la mano al bolsillo: los quinientos euros seguían ahí. Se había desmayado en el interior de un baño público de lo que parecía ser una estación de tren centroeuropea.

Las fotos del mural con la esfera bermellón pasarían a formar parte del paisaje cotidiano de la sala de reuniones de la comisaría en los siguientes meses. Técnicos, científicos, investigadores. Desvelos, hipnosis, tedio. Escala de rojos, mapas políticos. Sobre Jorge Eslava pesaban más amenazas de muerte que sobre Salman Rushdie y Roberto Saviano juntos. Las líneas de investigación que seguir en este caso eran tan numerosas como los afluentes del Mississippi.

Ada Brox e Iván Bermúdez tendrían que hacer un viaje a la Alsacia.

Esther levantó los ojos del folio al oír la respiración de Ernesto.

—No te he oído entrar —dijo, sin demasiada sorpresa.

—Dime una cosa, Esther: ¿tú nunca sales de casa?

—Te esperaba. He escuchado las noticias en la radio. Esa chica lleva nueve días desaparecida. Supuse que acudirían a ti.

—Estoy a punto de tener algo. Necesito dormir.

—He encargado la cena y he preparado rooibos.

Ernesto conseguía calmarse cuando estaba rodeado de lujo. Le gustaban las líneas rectas, las habitaciones semivacías y las paredes lisas. Se sentía fascinado por los techos altos y el aspecto retrofuturista del apartamento de Esther. Alcanzaba el sosiego mental en los museos de arte contemporáneo, limpios, asépticos y con olor a marcos recién barnizados. Al Reina Sofía siempre iba a pensar, nunca a mirar cuadros.

Sonrió por primera vez en siete días porque tenía la certeza de que antes del alba habría conseguido encajar otra pieza.

AB INITIO

Madrid, 1980

Un jueves de 1980 descubrió la importancia de llamarse Ernesto. Hasta la fecha había deseado en secreto que sus padres lo hubiesen bautizado con un nombre más moderno. ¡Dios mío!, ¿por qué no se llamaba David, como el guapo de 4.º A, o Alberto, como el pijo con el que compartía pupitre? Hasta Alejandro le hubiese bastado, aunque supusiese ser tocayo del listillo de la primera fila. Siempre podrían llamarle Álex, Ale o incluso Jandro. El asunto del nombre de pila lo acomplejaba casi tanto como el bocata del recreo. Hubiese engañado, extorsionado y robado por probar el Tigretón y completar la colección de cromos de Orzowei. Y no tardaría mucho en desarrollar sus dotes de abusón «por necesidad».

Pasaba las tardes con su abuela materna hasta que sus padres volvían de la fábrica textil que empleaba al barrio entero. Su madre planchaba y llegaba sudada. Su padre repartía género y aprovechaba su labia y sus contactos con los dueños de las *boutiques* de ropa para colocar seguros de decesos entre carga y descarga.

Aquel día, mientras subía el quinto tramo de escaleras en el ascenso interminable hasta su hogar periférico del sobreático de la travesía del Humilladero (otro motivo para ruborizarse al rellenar documentos), volvió a cruzarse con aquella chica del hachazo a lo María Magdalena en el pelo:

—Hola, Che, ¿te han mandado muchos deberes hoy en el cole?

Él creía que estaba loca. Siempre lucía un poncho de lana y llevaba un bolso grande con chapas de barbudos y siglas que Ernesto no entendía. ¿Y por qué esa manía de llamarlo Che?

Solía ignorar cualquier interpelación de la nieta del maquis, que es como la conocían en todo el bloque, tampoco sabía la razón. Aquella familia no tenía nombre ni apellido. Todos eran «el hijo del maquis», «la mujer del hijo del maquis», y así en ascendencia y descendencia.

Encontró la puerta de casa entreabierta y llamó a su abuela, que no contestó. No era la primera vez que le daba un arrebató de claustrofobia capitalina y salía a pasear cerca de las vías, donde aún quedaba un pequeño terreno de pastoreo. Y dejaba la puerta abierta para él. A principios de los ochenta, un niño de diez años no tenía llave. Tenía, como mucho, paga dominical para la sesión doble del cine parroquial; proselitismo y palomitas a dos duros.

Aprovechando la inusual soledad, se subió al taburete y cogió el bote de Nocilla. Dejó la tapa en la encimera de la cocina y se fue a la habitación de la abuela. Lo que más le gustaba en aquellos días era abrir y curiosear el contenido de un baúl que ella guardaba debajo de la cama. Incomprendiblemente, estaba abarrotado de viejos números de la revista *Interviú*. ¿Cómo y por qué una señora de ochenta años, emigrada del campo a la ciudad al quedar viuda, atesoraba en su baúl esta publicación? Aún ahora, en la primera década del siglo XXI, hay titulares que se le vienen a la mente en los momentos más absurdos. Por ejemplo, alojado en el Santo Mauro o tomando un cóctel en Chicote, recuerda unas declaraciones de Patxi Andión a doble página: «Los progres no follan». O cómo, aquel jueves que cambiaría su vida para siempre, leyó: «Cómo fusilamos al Che». En el número de octubre del 77, el general boliviano Luis Reque era entrevistado sobre la captura de un tal Ernesto *Che* Guevara, hijo del empresario Ernesto Rafael Guevara Lynch.

Decidió tres cosas en el siguiente orden. La primera: si existía un hombre famoso, al que le dedicaban páginas los periódicos, que se llamaba como él, todavía había esperanza. La segunda: aunque acababa de entender por qué la nieta del maquis lo llamaba Che, jamás de los jamases se haría apodarar con un nombre tan hortera; y tercera: el apellido Lynch le parecía sublime, evocador. Se imaginaba a un hombre delgado abrochándose una gabardina, poniéndose un sombrero y caminando entre brumas, como en aquella película que su hermana veía una y otra vez. Laura tenía gustos contradictorios. Leía la *Superpop* y la *Bravo*, y, a la vez, flipaba con *Casablanca*.

En un futuro todavía lejano para Ernesto, y durante muchos años, los fanáticos de *Twin Peaks* o *Terciopelo azul* recurrirían a su agencia si necesitaban contratar los servicios de un detective solo por el nombre: Lynch Detectives. A nadie se le pasaba por la cabeza la verdadera procedencia de tal denominación.

Al cerrar la revista se dio cuenta de que había manchado la portada. El camión transparente de una tal Isabel Leoz quedaría embadurnado para siempre de leche, cacao, avellanas y azúcar.